

La inculturación en la liturgia

*Guillermo Rosas Díaz**

Resumen

El autor expone, en una breve síntesis, el origen y significado del término inculturación, subrayando que es una palabra nueva para una realidad permanente. Presenta su evolución en los últimos decenios a través de los grandes documentos de la Iglesia en América Latina, los textos magisteriales de la Santa Sede, culminando con el documento del Sínodo de la Amazonía. Constata que la inculturación no se restringe a la liturgia, sino que atañe a toda la evangelización porque hunde sus raíces en la encarnación como fundamento teológico, y que es un tema que ha suscitado resistencias en algunos ámbitos eclesiales.

Entra luego en la inculturación específica de la liturgia, detallando sus diversos niveles de profundidad y las dificultades para realizarla. Finaliza reivindicando la necesidad de la inculturación, entendida en su complejidad y al mismo tiempo, el necesario apego a la unidad litúrgica del rito romano y su carácter universal, especialmente en los sacramentos. La liturgia siempre tendrá una parte que puede y debe cambiar si se celebra en culturas diversas y tiempos cambiantes. De allí que el autor termine enumerando los desafíos de la inculturación de la liturgia en nuestro continente.

Palabras clave: Liturgia; Inculturación.

* Académico y sacerdote de los SSCC. Ha ejercido la docencia y la investigación esencialmente en el área de Liturgia, ligándola al arte y a la música. Es doctor en Sagrada Liturgia por el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo de Roma. Correo electrónico: g.rosas@sscc.cl



Inculturation in the Liturgy

Summary

The author demonstrates, in a brief synthesis, the origin and meaning of the term inculturation, emphasizing that it is a new word for a permanent reality. Its evolution in recent decades is exhibited in the great documents of the Church in Latin America, the magisterial texts of the Holy See, culminating in the document of the Synod of the Amazon. He notes that inculturation is not restricted to the liturgy but concerns the whole of evangelization because it is rooted in the incarnation as its theological foundation, and that it is a theme that has provoked resistance in some ecclesial circles.

He then addresses the specific inculturation of the liturgy, detailing its various levels of depth and the difficulties in expressing it. He concludes by claiming the need for inculturation, understood in its complexity and at the same time, the necessary attachment to the liturgical unity of the Roman rite and its universal character, especially in the sacraments. The liturgy will always have a part that can and must change if it is celebrated in diverse cultures and changing times. The author then closes with a list of the challenges of the inculturation of the liturgy in our continent.

Keywords: Liturgy; Inculturation.



1. EL CAMINO DE LA INCULTURACIÓN

Al iniciar esta exposición quiero recordar con gratitud al que fuera profesor y Preside del *Pontificio Istituto Liturgico Sant'Anselmo*, en Roma, el monje benedictino originario de Filipinas, Prof. Ansgar Chupungco osb, quien diera al tema de la inculturación un espacio importante en su dedicación al estudio de la liturgia.

En su clase sobre el tema el Prof. Chupungco contaba que, si un filipino llega de visita, luego de los saludos la dueña de casa preguntará invariablemente si se le ofrece algo de beber; pregunta a la cual, invariablemente, el visitante responderá que no gracias, que no es necesario molestarse. Al poco rato, invariablemente, llegan refrescos que son servidos a la visita, ésta las acepta agradecido y bebe, sin alusión alguna a la conversación anterior. La pregunta al visitante es una pregunta retórica, ritualizada. Cualquiera sea la respuesta, la dueña de casa igualmente traerá refrescos para la visita. Y el visitante no podría responder afirmativamente a ella, por mucha sed que tenga: sería maleducado o no estaría al tanto del carácter ritual de la pregunta. Para la cultura filipina, reflexionaba Chupungco, el no en esa circunstancia es sí, y todos lo saben. Es un rasgo cultural.

Con esto, el recordado profesor buscaba ilustrar la complejidad de las culturas y por ende, de todo proceso de inculturación. Una complejidad que parte ya con la terminología pertinente, muy variada: acomodación, adaptación, enculturación, aculturación,



inculturación. Sabemos que en *Sacrosanctum Concilium* aún no se habla de “inculturación” sino de “adaptación”: “Al revisar los libros litúrgicos, salvada la unidad sustancial del rito romano, se admitirán variaciones y **adaptaciones** legítimas a los diversos grupos, regiones, pueblos” (SC 37)¹.

En 1968, el documento de Medellín, citando al Concilio Vaticano II, afirma que la liturgia necesita “**adaptarse** y encarnarse en el genio de las diversas culturas” (DM 9.Liturgia).

El concepto de “inculturación”, nacido en el ámbito de la misionología, fue introducido en la Iglesia por los jesuitas en su congregación general de 1974-1975, y utilizado por primera vez en el magisterio pontificio por san Juan Pablo II en 1979, en la Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, sobre la catequesis en nuestro tiempo².

Ese mismo año 1979, el documento de Puebla todavía habla de adaptación: pide para la liturgia del continente “promover **adaptaciones** adecuadas, de manera particular a los grupos étnicos y al pueblo sencillo” (DP 940), y también “promover la música sacra, como servicio eminente, que responda a la índole de nuestros pueblos” (DP 947).

En los años siguientes el término *inculturación* fue ganando cada vez más espacio en los textos eclesiales, se aplicó también al ámbito de la liturgia y definiendo su alcance de significado.

¹ SC 37: “La Iglesia no pretende imponer una rígida uniformidad en aquello que no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad, ni siquiera en la Liturgia: por el contrario, respeta y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos. Estudia con simpatía y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos encuentra que no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, y aun a veces lo acepta en la misma Liturgia, con tal que se pueda armonizar con el verdadero y auténtico espíritu litúrgico”. SC 38: “Al revisar los libros litúrgicos, salvada la unidad sustancial del rito romano, se admitirán variaciones y adaptaciones legítimas a los diversos grupos, regiones, pueblos, especialmente en las misiones, y se tendrá esto en cuenta oportunamente al establecer la estructura de los ritos y las rúbricas”.

² *Catechesi tradendae* 53.

En enero de 1994, *Varietates legitimae*, la cuarta instrucción para aplicar *Sacrosanctum Concilium*, se propuso impulsar y ordenar la tarea de enraizar la liturgia en las diversas culturas, a partir de SC 37-40. En este documento el concepto de *inculturación* está ya adquirido por el léxico magisterial.

Más recientemente, el Sínodo de la Amazonía ha vuelto a recordar que “*la inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas*” (SA 51) y que “*anunciar la Buena Nueva de Jesús implica reconocer los gérmenes del Verbo ya presentes en las culturas*” (SA 55)³.

Todos estos textos muestran el camino que la idea de la inculturación ha hecho, particularmente en su aplicación a la liturgia. Se puede afirmar que la inculturación atañe a toda la acción evangelizadora, catequética y litúrgica de la Iglesia. Es el Evangelio el que está llamado a encarnarse, como Dios se encarnó en Jesús de Nazaret en un tiempo, un pueblo y una cultura concreta, originando así pedagogías, prácticas, estilos y ritualidades diversas en el mundo evangelizado.

La inculturación podrá ser un concepto nuevo, pero es una realidad inherente a la fe cristiana, desde sus orígenes. La liturgia, de hecho, se ha inculturado a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo cristiano. Surgió creativamente, rica y diversa, en la primera ola de inculturación de los siglos I a V, dio origen a ritos diversos, entre ellos el romano. Éste experimentó una nueva inculturación en el mundo franco-germánico, de la que surgió la síntesis de la

³ “Cristo con la encarnación no retuvo un privilegio su prerrogativa de Dios y se hizo hombre en una cultura concreta para identificarse con toda la humanidad. La inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas (“lo que no se asume no se redime”, San Ireneo, cf. Puebla 400) y al mismo tiempo la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia. En este proceso los pueblos son protagonistas y acompañados por sus agentes y pastores. SA 51. Ya *Puebla* reconoce que «las culturas no son terreno vacío, carente de auténticos valores. La evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción, sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores; una contribución al crecimiento de los “gérmenes del Verbo”» (DP 401, cf. GS 57) presentes en las culturas. SA 54.



liturgia romana medieval. Es conocida la diversidad y dispersión litúrgica del tardo medioevo, que llevó, en los umbrales de la época moderna, a centralizar más claramente el culto en la Sede romana y suprimir todos los ritos que no gozasen de cierta antigüedad. Y el Vaticano II, cuando la liturgia posterior al Concilio de Trento se fue anquilosando y alejando peligrosamente de la sensibilidad cultural y religiosa del pueblo común, volvió a retomar la necesidad de hacerla más cercana a los signos de los nuevos tiempos.

Así como el Espíritu Santo acompaña a la Iglesia como don del Resucitado, también la liturgia ha sido conducida por Él a lo largo de la historia.

Ya en el siglo XX, el Movimiento litúrgico europeo, desde el emblemático Congreso de Malinas en 1909, hasta la *Mediator Dei* de 1948, primera carta encíclica de la historia de la Iglesia dedicada a la liturgia, y las primeras reformas del Papa Pio XII, con nombres de pensadores de la liturgia tan preclaros como Lambert Beauduin, Odo Casel, Romano Guardini y otros, tuvo un papel determinante para los logros de SC y del curso posconciliar de las reformas.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II volvió a sintonizar con aquellos rasgos culturales que, habiendo cambiado, no habían tenido una consecuente expresión en la liturgia del rito romano. Se puede afirmar que, en el sentido amplio del término, el Concilio retomó el camino de inculturación que la liturgia había emprendido desde sus orígenes, buscando “respetar y promover el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos” (SC 37).

2. RESISTENCIA A LA INCULTURACIÓN

En nuestro tiempo la cultura es objeto permanente de reflexión y debate. El cambio cultural vertiginoso, impulsado por la ciencia, la tecnología y la informática, es un rasgo distintivo de las sociedades actuales, que afecta de modo sensible a la ritualidad y la liturgia. Vivimos en sociedades altamente comunicadas por las redes y los medios, lo que ha fortalecido los rasgos transversales a todos los pueblos y generado una cultura globalizada, pero, al mismo tiempo,

ha suscitado la reacción de culturas locales que se resisten a perder lenguajes, costumbres y signos de su identidad propia.

La velocidad de los cambios culturales genera en algunos sectores un repliegue a la seguridad del pasado, y tensionan la relación, presente en todo proceso de inculturación, entre la tradición y el cambio. La liturgia, por su propia naturaleza ritual, requiere de cierta estabilidad en el tiempo, pues la capacidad humana de asimilar e integrar cambios no va a la par de los avances científico-tecnológicos o de otras áreas de la cultura.

Sabemos de la resistencia a los cambios de la reforma litúrgica por grupos tradicionalistas, y de cuánto ha hecho la Iglesia, partiendo por los papas Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, para salir al encuentro de esas resistencias. Es inevitable que los cambios en la liturgia del rito romano, que permaneció durante cuatro siglos casi inmodificado hasta el Vaticano II, generase dichas resistencias. Pero también hay que hacerse cargo de las resistencias causadas por los abusos, a veces muy extendidos, de ministros que arbitraria e individualistamente cambian textos o ritos de la liturgia. Lo único positivo que pueden tener esas acciones es un auténtico deseo de una liturgia más y mejor inculturada en los pueblos y ambientes de nuestro tiempo. Pero la sospecha es que a menudo no es ése el móvil de esa creatividad que se ha llamado incluso “salvaje”.

Más allá de las resistencias, justificadas o no, que la inculturación genera, se debe afirmar que la inculturación de la liturgia es un proceso cada vez más ineludible, ya que el dinamismo de las culturas actuales es crecientemente acelerado. El dinamismo encarnacional, propio de la fe cristiana, lo fundamenta teológicamente. La tarea de conservar lo esencial, distinguirlo lo más claramente posible de lo formal, secundario o a veces incluso accesorio y luego atreverse a cambiar lo cambiante, es decir lo que no disminuya la fuerza de lo esencial, sino que lo mantenga, aunque vestido de otro ropaje, es la tarea de la inculturación. Fundamental es realizar todo esfuerzo de inculturación explícitamente bajo la guía y acción del Espíritu Santo. Análogamente a su acción en la encarnación del Hijo, también en la tarea de inculturar la liturgia el



Espíritu tiene un rol fundamental, no sólo para suscitar el cambio o la novedad adecuada, sino también para asegurar su eficacia en la celebración litúrgica.

3. LOS NIVELES DE LA INCULTURACIÓN LITÚRGICA

La inculturación de la liturgia es un concepto amplio que tiene varios niveles: el más profundo es el que atañe al encuentro de la liturgia de la Iglesia, básicamente los libros litúrgicos vigentes, con los pueblos y culturas en los que están destinados a ser celebrados. Ese encuentro genera un doble movimiento: el de un rito que busca a encarnarse en una cultura, y el de una cultura que, acogiéndolo, busca modificar ese rito para asimilarlo mejor a su identidad. Un ejemplo actual notable de este nivel de inculturación es el esfuerzo de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, México.

Pero, antes de una inculturación de esa profundidad, hay un primer nivel de inculturación que es el de la traducción de los rituales a todas las lenguas vernáculas que justifiquen tener libros litúrgicos propios. La traducción es, por lo tanto, el nivel uno de la inculturación desde la reforma del Vaticano II. Se trata de una tarea aún no concluida. Quedan lenguas habladas por grandes grupos originarios que aún no cuentan con el Misal y otros rituales en su propia lengua.

Un segundo nivel es el de la inclusión de elementos culturales no bíblicos y no presentes en la ritualidad vigente, en el rito romano. Un ejemplo de ello es el Misal Romano-Zaireño, que sin alterar la estructura ni la eucología de la eucaristía, incorpora, por ejemplo, tanto en el acto penitencial como en la procesión de ofrendas, elementos propios de las culturas africanas.

Un tercer nivel es el de las adaptaciones, es decir, cambios o alternativas de cambio menores y locales. Se distingue entre aquellas adaptaciones que están previstas y propuestas en los propios rituales, particularmente en el Misal, sean ellas de las *editio typica* para toda la Iglesia, o sean adaptaciones de iglesias

particulares, y aquellas que no se hallan en los libros litúrgicos y responden a iniciativas personales o de una comunidad específica. Un ejemplo de las primeras es el de las antífonas cantadas en medio de las intercesiones de la Plegaria eucarística, que fueron solicitadas y aprobadas para la iglesia en Brasil.

Las otras adaptaciones, en cambio, suscitan más debate. Me refiero a aquellas adaptaciones más espontáneas y puntuales que pueda hacer una comunidad o un ministro en particular. La respuesta a esto es que, si se trata de cambios permanentes al rito, provengan de un ministro o de una comunidad entera, no son aceptables: atentarían frontalmente contra la comunión eclesial en torno al rito romano, expresada en sus libros litúrgicos. Más difícil, en cambio, es condenarlas cuando se trata de adaptaciones puntuales, no previstas en los libros litúrgicos, realizadas por ministros que conocen la liturgia, y las hacen una sola vez o en ocasiones especiales para destacar algún aspecto o favorecer la participación de una asamblea especial, como jóvenes, minusválidos, niños u otros. Un ejemplo frecuente en el continente es el aplauso como acompañamiento del canto. Aplaudir siempre y en cada canto rítmico es innecesario y distractor. Pero si se quiere cantar algún canto con especial fuerza y alegría, el aplauso puede ser un signo bienvenido y apreciado, no sólo por comunidades juveniles. Otro ejemplo puede ser el rezar el Padrenuestro tomados de las manos. Si se hace habitualmente, en todas las misas es malo y forma erróneamente a la asamblea, pero si con ocasión de alguna eucaristía especial se motiva a hacerlo como signo de comunión eclesial, puede ser adecuado y positivo para la participación de la asamblea.

Más allá de los ejemplos, este tipo de adaptaciones, hechas con conocimiento de la liturgia y como excepciones, todavía no son alentadas por la autoridad de la Iglesia, que más bien suele insistir en aquello de que ningún sacerdote tiene derecho a agregar, quitar ni cambiar nada del rito establecido, frase que a muchos hoy nos parece una exageración y un desincentivo para estar atentos a la necesidad de asambleas u ocasiones especiales y ejercitar una creatividad responsable.



4. LA NECESIDAD DE LA INCULTURACIÓN

El rito romano, cuya unidad sustancial se expresa en los libros litúrgicos que emanan, centralizadamente, desde la Santa Sede, se incultura hoy en los pueblos y culturas del mundo por esa primera y básica inculturación que es la de la traducción a las lenguas vernáculas, y en algunos casos adquiere otras particularidades según el genio propio del lugar, la época y el grupo humano específico que la celebra.

El problema de la unidad del rito acompaña siempre todo esfuerzo de inculturación. No se puede modificar nada sin discernimiento, pero también es claro que no se puede considerar cualquier innovación o cambio en las formas establecidas de la liturgia, como un peligro contra su naturaleza y su unidad. Mientras no se tome en serio aquello de que la unidad no es sinónimo de uniformidad, sino de una comunión más profunda, será difícil avanzar en una más plena inculturación de la liturgia. Al mismo tiempo, todo nivel de inculturación que se realice, sea el de un ministro en una ocasión puntual, o el de una conferencia episcopal que elabora un rito propio para el matrimonio u otro sacramento, no se puede hacer sin una seria y profunda formación litúrgica ni, cuando es el caso, sin el concurso de profesionales de otras áreas del saber, según cada caso: de biblistas, teólogos, lingüistas, catequetas, antropólogos, sociólogos, psicólogos y otros.

No hay que tener miedo a la inculturación, porque sin ella, en cualquiera de sus niveles, la liturgia permanecería estática, rígida, inmodificable, fuera del mundo real. Si la inculturación se asume como tarea permanente de una liturgia *semper reformanda*, y se hace con sensibilidad cultural, formación litúrgica seria y responsabilidad eclesial, no hay por qué temer por la unidad y comunión eclesial en torno a su culto. Tampoco hay que hacer de ella una tarea tan exquisita y compleja, que pierda agilidad y oportunidad en unas culturas que, hoy más que nunca, evolucionan a velocidades nunca antes experimentadas y cambian con rapidez.

5. NUESTRA REALIDAD CONTINENTAL Y SUS DESAFÍOS

En América Latina y El Caribe la inculturación ha sido un tema permanente, especialmente desde los inicios de la reforma litúrgica del Vaticano II. La mayor conciencia antropológica y sociológica acerca de la identidad cultural de los pueblos del continente, junto con su gran diversidad, planteó inevitablemente preguntas a una liturgia reformada. Esta, si bien renunció a la rígida uniformidad que la había caracterizado durante siglos, no era suficientemente dúctil para acoger e integrar ritualidades y contenidos de culturas originarias y de ambientes culturales de los nuevos tiempos.

Con mayor o menor intensidad, dependiendo de los países y regiones, así como de la identidad cultural de los pueblos originarios o de las culturas emergentes, se elevaron voces que reclamaban una mayor inculturación de la liturgia de nuestro Rito Romano a las particularidades de determinados pueblos, grupos y culturas.

Ya aludimos a la experiencia de la diócesis mexicana de San Cristóbal de las Casas, que es un ejemplo muy interesante de una inculturación hecha con seriedad y participación, con resultados muy significativos.

Junto con ello, la inculturación del canto y la música litúrgica por medio de la creación de obras propias en muchos países, y de muchos objetos como la vestimenta, los vasos sagrados y las imágenes de culto, ha sido un logro que ha acercado y hecho más significativa la celebración de la fe para los pueblos y culturas de muchos lugares.

Muchos son los retos y desafíos para la formación, la inculturación y la pastoral de la liturgia, que han emergido de los recientes informes de los diversos países de América Latina y el Caribe, en continuidad con instancias e informes sobre el mismo tema de años anteriores.

En general, se constata que las realidades culturales, eclesiales, pastorales y litúrgicas de los diversos países y regiones dentro de los países son tan diversas, que no es posible formular desafíos



igualmente atingentes y válidos para todas ellas. Pero, al mismo tiempo, hay desafíos transculturales, que tienen todos los países y sectores, aunque no con la misma urgencia o necesidad.

Hay tres grupos humanos que son objeto de desafíos particularmente agudos en los tiempos actuales, con vista a una más certera inculturación. El primero: los pueblos autóctonos que conservan elementos culturales propios y diversos de la cultura mayoritaria, sobre todo una lengua propia; el segundo: los jóvenes, particularmente sensibles a las influencias culturales hegemónicas del mundo actual y, casi siempre aparejado a ello, a la pérdida de la fe y de la práctica litúrgico-sacramental; y el tercero: las mujeres, que en todo el mundo han ido accediendo, en los últimos decenios, a los ámbitos que fueron exclusivos de los varones, pero están lejos aún, dentro de la Iglesia, de equiparar la diversidad e importancia que han logrado en las sociedades civiles.

Estos tres grupos, pueblos originarios, jóvenes y mujeres han sido objeto de particular atención en diversas instancias de encuentro y reflexión eclesial, como el Sínodo de la Amazonía, el Sínodo de la Sinodalidad y otros más locales. Muchos de los desafíos a nuestra liturgia los tocan e implican.

6. DESAFÍOS PLANTEADOS POR LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES

Considerando sólo el ámbito de la inculturación, que es el que me ocupa en esta ponencia, se detectan los siguientes desafíos:

- Se percibe aún un cierto temor o recelo ante este tema, y una no siempre resuelta claridad sobre el binomio comunión-diversidad en la liturgia. Hay países que tienden a acentuar la normatividad de los rituales y el cumplimiento uniforme de sus rúbricas, y otros que, sin negar aquello, están más abiertos a considerar las dificultades que la cultura contemporánea presenta a la ritualidad y normatividad de nuestra liturgia, sobre todo para grupos específicos, como por ejemplo el mundo indígena o los jóvenes.

- Se percibe, también, una falta de unanimidad en el significado y alcance dado al concepto de “inculturación de la liturgia”. En parte es inevitable, dado que se trata de un concepto complejo, a la vez antropológico, sociológico y teológico. Pero es necesario al menos delimitar los márgenes y clarificar los niveles de la inculturación para la liturgia, como intento en esta ponencia.
- Sobre todo, es necesario distinguir la “inculturación” de la liturgia más permanente, de las “adaptaciones” menores o circunstanciales. La primera requiere de un esfuerzo multidisciplinario y de tiempos largos hasta llegar a realizarse y plasmarse en nuevos ritos, textos o rituales completos; la segunda, de una buena formación litúrgica de todos los fieles y, muy especialmente, de los ministros ordenados, para evitar en las adaptaciones el subjetivismo individualista, el personalismo clerical o las modas del momento. Esta distinción permite, al menos para comenzar, orientar el esfuerzo que hay que hacer permanentemente, dada la fluidez y dinamismo de las culturas contemporáneas. Lo que no se puede hacer hoy es ignorar ese dinamismo y postular una liturgia estática, celebrada solamente con apego a las rúbricas, sin considerar las culturas de quienes celebran se fe en cada asamblea.
- Una conferencia episcopal plantea el desafío de pensar de manera más colegial y oficial las posibles adaptaciones insinuadas en los libros litúrgicos de manera de evitar desbordes y distorsiones en las iniciativas particulares.
- Continúa vigente el desafío de contar con libros litúrgicos, sobre todo el Misal, en las lenguas de los grandes pueblos originarios o, al menos de pueblos cuya importancia y número justifiquen una traducción a su propia lengua.
- Respecto a las traducciones del Misal, pareciera que con el tiempo va ganando terreno la conciencia de las diferencias no menores entre los diversos países que tienen un idioma común. La Zona Andina expresa el desafío de “realizar un camino en cada Conferencia Episcopal para la elaboración



de los Libros Litúrgicos propios para cada país”. Chile, la necesidad de la renovación de los rituales, sobre todo en lo relacionado con el lenguaje. La eucología y algunos signos suelen ser de difícil comprensión para muchos fieles, y explicar los signos atenta contra su naturaleza misma.

- El desafío de la liturgia para los jóvenes y la valoración de sus formas celebrativas aparece en varios informes. Se trata aquí de adaptaciones, probablemente más locales y menos permanentes. Este desafío está estrechamente vinculado a la desafección de muchos jóvenes por la fe, la Iglesia y la liturgia. Es decir, no se puede resolver solamente con una liturgia mejor adaptada a ellos, sino también con iniciativas pastorales en la familia, la educación y la catequesis. Pero, sin duda, se debe avanzar en iniciativas que, sin exponerla a perder su contenido esencial, hagan la liturgia más atractiva para los jóvenes y sea de verdad una acción que los alimente en su fe y en su compromiso. Los rituales tienen flexibilidad como para hacer adaptaciones en esa línea. Y no se debiera excluir la posibilidad de cambios más profundos.
- Para esto, como expresa Brasil, es necesario entender qué es una sana creatividad litúrgica. Y Colombia se pregunta cómo responder a liturgias especiales, propias y paralelas a la oficial, de determinados grupos de Iglesia.
- La música litúrgica aparece varias veces como un ámbito particularmente sensible y apto para la inculturación, y es verdad. El gran liturgista y músico francés Joseph Gélineau sj, se negaba a opinar sobre la belleza del canto litúrgico de otras culturas porque, decía, no hay nada más propio de cada país y cultura que su música. A veces parece que damos mayor importancia a conocer cantos en latín (¡lo que está muy bien!) que a favorecer la creación, en cada lengua y país, de cantos litúrgicos que expresen la fe y la oración de ese pueblo o de ese grupo etéreo. Los cantorales diocesanos o nacionales son un buen instrumento de difusión.

- Hay países con un gran desarrollo de música litúrgica propia, y otros con muy poca. Un desafío relacionado es el acompañamiento teológico de los creadores de textos para el canto litúrgico.
- La religiosidad o piedad popular presenta el desafío de vincularse cada vez más armónicamente a la liturgia. Se trata de un desafío que en cada país o área cultural tiene características y matices propios, de modo que no es fácil ni necesario plantear iniciativas comunes.
- La liturgia de los medios de comunicación masiva plantea nuevos desafíos. En Brasil, el modelo celebrativo que proponen y divulgan muchas veces hiere la identidad de la liturgia cristiana. ¿Cómo enfrentar esto?
- La liturgia en línea, que debimos celebrar durante el tiempo de pandemia, por una parte extremó la capacidad creativa y tecnológica, para celebrar la fe pese a las limitaciones e imposibilidad de reunirse en asamblea como es parte de la naturaleza de la liturgia, y por otra parte plantea el desafío de estar abiertos a los nuevos desarrollos que la tecnología puede abrir en el futuro para la celebración de la fe, cuidando su sacramentalidad y, específicamente, su corporalidad, inherente a su naturaleza encarnada.
- El espacio litúrgico ha sido, en los últimos años, objeto de especial atención y múltiples estudios. La construcción de nuevos edificios para la liturgia en el contexto de la emergencia de los abusos en la iglesia, ha obligado a replantearse espacios como el de la reconciliación.
- Los ministerios laicales siguen desafiando la formación de hombres y mujeres para su ejercicio.
- Para E.U.A., un desafío particular es el de hallar puntos de encuentro en las diferentes normativas litúrgicas de otras conferencias episcopales, por la diversa procedencia étnica y cultural de los hispanos presentes en las asambleas litúrgicas del país.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA. VV. *Nuevo Diccionario de Liturgia*. Madrid: Paulinas, 1987.
- Chupungco Ansgar, *Liturgie del futuro. Processo e metodi dell'inculturazione*. Marietti, Genova, 1991.
- Chupungco Ansgar (ed.). *Liturgia e inculturazione*, en *Scientia Liturgica*, vol. 2. Casale Monferrato: Piemme, 1998.
- Concilio Vaticano II. *Constituciones, decretos, declaraciones*. Madrid: BAC, 1966.
- Congregación para el Culto Divino: *Varietates legitimae*: la liturgia romana y la inculturación.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. *Las cinco conferencias generales del episcopado latinoamericano. Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida*. Bogotá: CELAM, 2014.
- Flores, Juan Javier. *Una liturgia para el tercer milenio*. Madrid: BAC, 1999.
- Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 1979. Recuperado de https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html